

gio es tanto más laudable cuanto menos indulgentes suelen ser las mujeres cuando juzgan á otras.

*Isab.* Si me parece bonita, ¿por qué no lo he de decir?

*Agust.* Pues, sin embargo, aun eres tú más linda que ella.

*Isab.* No es posible. ¿Cómo puedo yo compararme...? Yo, hija de un rústico, criada sin melindres al aire y al sol...

*Agust.* ¿No te miras al espejo?

*Isab.* Sí, señor, todos los días cuando me peino.

*Agust.* ¿Y qué opinas de tu cara?

*Isab.* Opino... que no es para espantar al coco.

*Agust.* ¿Ningún hombre te ha dicho que eres hermosa?

*Isab.* El primero y único que me lo ha dicho es Jesualdo; pero como es tan simple, es muy posible que le hayan engañado los ojos.

*Agust.* No, no le han engañado. Yo no tengo telarañas en los ojos y te aseguro que eres muy bella.

*Isab.* Sería una descortesía el desmentir á usted y una temeridad el presumir que mi señor se proponga lisonjear á su humilde criada.

*Agust.* No. Te lo digo como lo siento.

*Isab.* El parecer bien á nadie disgusta : pero aunque otras se llenarían de orgullo al oír palabras tan agradables, yo no las interpreto sino como una prueba más de la bondad de usted. (La criada se retira llevándose lo que pueda del servicio de mesa.)

*Agust.* (¡ Si digo que es un tesoro ! Ahora la daría yo... ¡ Tente, Agustín ! ¿ Y la independencia ? ) ( Se levanta y también Isabel. ) ¿ Qué haría yo ahora, no durmiendo la siesta ?

*Isab.* ( Desocupando la mesa. ) No sé... Podría usted dar un paseito á caballo después de tomar café.

*Agust.* Dices bien. ¿ Llegó el caballo que mandé comprar en Sevilla ?

*Isab.* Sí, señor; ya hace dos días. Un tordillo de muy buena estampa.

*Agust.* Pues hazme el favor de mandar que me lo ensillen, y entretanto dispondrás que nos sirvan el café en el jardín.

*Isab.* Sí, señor; pero no me iré con las manos vacías. ( Entre Isabel y la criada, que ha vuelto, recogen y se llevan el resto del servicio de mesa. )

*Agust.* Deja, no... ( Si, dejémosla que trabaje y así no olvidaré la distancia que nos separa. )

## ESCENA XVIII

DON AGUSTÍN

Tomaremos juntos el café, porque ya lo he dicho; pero no vuelvo á sentarla á mi mesa. Quien quita la ocasión quita el peligro. Doña Nicanora ya tasca el freno; los demás criados murmurarán... Isabel es demasiado humilde para consorte mía... ¡ Consorte ! Sólo de pronunciar esta palabra me horripilo. Por otra parte, abusar de su candor, de su inocencia, sería una felonía.

## ESCENA XIX

DON AGUSTÍN, NICANORA

*Nic.* Vengo á dar á usted una mala noticia, señor don Agustín.

*Agust.* ¿ Mala noticia ? Pues ¿ qué ocurre ?

*Nic.* Anteayer trajeron para usted un caballo tordo... ¡ Soberbio animal !

*Agust.* Ya lo sé. Justamente acabo de mandar que lo ensillen para dar un paseo...

*Nic.* Lo siento; pero tiene usted que renunciar á ese gusto.

*Agust.* ¿ Por qué ?

*Nic.* ¡ Animalito !

*Agust.* ¿ Le ha dado algún torozón ?

*Nic.* Peor que eso.

*Agust.* ¿ Ha muerto ?

*Nic.* Lo han requisado para la remonta del ejército.

*Agust.* ¡ Por vida... !

*Nic.* Aquí tiene usted el recibo... ( Le da un papel que don Agustín lee para sí. )

*Agust.* Con que ¿ se lo han llevado ?

*Nic.* Sí, señor.

*Agust.* Bien podía usted haberme avisado...

*Nic.* Por no hacerle á usted levantar de la mesa... Y además, era inútil. Los comisionados no tienen espera ni admiten excusas.

*Agust.* ¿ Quién sabe si yo lo hubiera salvado ?...

*Nic.* ¡ Imposible ! La orden es terminante y, lo que dijo el mariscal, ni el caballo de Santiago se libra de la requisición.

*Agust.* ¡ Estamos frescos ! ¿ Es esta la independencia á que yo aspiraba ? ¡ Ni soy dueño de pasear á caballo !

*Nic.* ( Me alegro por el ultraje que me has hecho. ) Dicen que lo pagarán.

*Agust.* Sí; en tres plazos : tarde, mal y nunca.

*Nic.* Lo han tasado en veinte y cinco doblones...

*Agust.* ¡ Lindo ! ¡ Y á mí me ha costado ciento !

## ESCENA XX

DON AGUSTÍN, NICANORA, ISABEL

*Isab.* ( Llegada azorada. ) ¡ Ay, señor ! ¿ no sabe usted lo que pasa ?

*Agust.* ¿ Otra calamidad ? ¿ Te quieren requisar á tí también ?

*Isab.* ¡ Eh ! no, señor. Luego que mandé ensillar el tordo...

*Agust.* ¡ Échale un galgo !

*Isab.* ¡ Qué ! ¿ Lo han robado ?

*Agust.* Poco menos. Prosigue.

*Isab.* Á mi salida del cenador de las lilas, donde acababa de dejar la bandeja con el juego de café, oigo un quejido... Me acerco á la tapia del jardín que cae á la espalda de la quinta y veo al otro lado de la verja... ¿ Qué dirá usted ? Un gran canasto de mimbrres y dentro del canasto una criatura...

*Agust.* ¡ Cielos !...

*Nic.* ¡ Válgame Santa Lutgarda ! ¡ Válgame San Ramón Nonato !

*Isab.* Un niño como de un mes de edad muy robusto...

*Agust.* Bien; ¿ y qué tenemos con eso ? Por allí estaría su madre...

*Isab.* No sé... Yo abrí la verja y á nadie vi... ¡ Es un expósito !

*Agust.* Que lo sea. Mi casa no es inclusiva.

*Isab.* Tenía este papel prendido á las mantillas con un alfiler.

*Agust.* ( Leyendo el papel que le entrega Isabel. ) « Su desgraciada madre lo recomienda á la caridad del señor don Agustín. » ¡ Esto nos faltaba ! ¡ Yo pagar culpas ajenas ! ¡ Yo prohijar lo que otro... !

*Nic.* No lo reciba usted. Eso es una infamia.

*Isab.* ¿ Y qué va á ser del pobrecillo ? Ni en la miserable aldea cercana, ni en todas estas inmediateciones habrá quien le recoja si usted le abandona.

*Agust.* Pero, hija mía, ¿ cómo quieres tú que yo, sin comerlo ni beberlo... ?

*Nic.* ¡ Nada ; aquí nos cargamos con el mochuelo !

*Isab.* ¡ Ah, señor ! usted no tiene hijos...

*Agust.* ¿ Y por eso me han de endosar los del prójimo ?

*Isab.* Si viera usted... ¡ Es tan hermoso !..

*Agust.* Sí será; pero no es mío.

*Isab.* ¡ Lloraba el angelito de Dios... !

*Nic.* Que lllore en hora buena; se lo ahorrará de... Nosotras no podemos darle de mamar. ¡ Vaya que es frescura y desvergüenza !

*Isab.* Eso es lo de menos. Se le busca una nodriza.

*Nic.* ¿ Nodriza ? ¡ No en mis días !

*Isab.* Mientras tanto, la mujer del apearador, que está criando, le dará teta...

*Nic.* De ningún modo. ¡ Hola ! Que mame del pezón de un carro.

*Agust.* Abandonarle es muy duro; mas por otra parte...

*Nic.* Señor don Agustín, la chanza es muy pesada...

*Agust.* En efecto...

*Nic.* Mire usted lo que hace. Porque su madre sea pecadora y desnaturalizada, no es justo comprometer la reputación de mujeres honradas, que no son madres.

*Agust.* Es verdad.

*Nic.* Dirán luego malas lenguas que yo le he parido.

*Agust.* Permítame usted, doña Nicanora... Me parece que la edad de usted la pone á cubierto de semejantes sospechas.

*Nic.* Perdome usted; todavía no soy yo tan vieja ni tan... ¡ Vaya ! Y sobre todo, yo no soy la única que aquí lleva faldas. Sin ir más lejos, ahí está Isabel, que es moza casadera y... ¿ Qué dirá usted y qué dirá ella si la cuelgan el milagro ?

*Agust.* Tiene razón. Si la malicia...

*Isab.* ¡ Ah ! ¿ Qué me importa lo que pueda inventar la malicia ? ¿ Hay acaso contra ella ninguna honra segura ? Dios sabe mi inocencia, y mi amo y señor no duda de ella : esto me basta.

*Agust.* Tranquilízate, Isabel. Yo te amparo y te defiendo, y si alguien osara calumniarte, se acordaría de mí.

*Isab.* ( Besándole la mano. ) ¡ Mi querido amo ! ¡ Mi único padre !... Pero considere usted que con cerrar su puerta á ese desventurado niño no me libra de los tiros de la envidia y de la calumnia. Basta que el ángel inocente haya llorado en los umbrales de la quinta y que yo me haya interesado por él para que me levanten un falso testimonio los que sean capaces de tanta maldad. — Pero no; no lo tema usted. Yo no he hecho mal á nadie. ¿ Por qué he de tener yo tan perversos enemigos ? ¡ Oh !

Recíbase usted, señor. No por vanos escrúpulos deje usted de hacer una obra buena. Oiga usted sólo lo que le dicta su corazón compasivo, y no serán inútiles mis lágrimas, mis ruegos... Sí, de rodillas se lo suplico á usted. (*Se arrodilla sin poderlo impedir don Agustín.*)

*Agust.* ¿Qué haces? Levanta... (Me entenece.)

*Nic.* (¡ Me degüella !)

*Isab.* No dejaré de abrazar estas rodillas hasta que usted me prometa abrir sus brazos al huérfano. — Yo también lo soy; ¿y no he de rogar por mis semejantes? Mire usted que si me dice que no me voy á enfadar y le llamaré despiadado y egoísta.

*Agust.* ¡ No más ! Levanta... (Esta chiquilla hará de mí lo que quiera.) Recogeremos al párvulo.

*Isab.* (*Levantándose.*) ¡ Ah ! Dios le bendiga á usted.

*Nic.* Pero ¡ señor ! ¿ es posible ?...

*Agust.* Sí, que para resistir á clamores tan elocuentes es preciso tener el alma de risco... ó ser ama de gobierno.

*Nic.* (¡ Hum !...)

*Agust.* Sí, señora; le abrigaré en mi seno, le meceré en la cuna, le sacaré de pila...

*Nic.* (¡ Hin !...)

*Agust.* Y si es menester le mudaré los pañales y le daré papilla.

*Nic.* (¡ Brrr !...)

*Isab.* Pues vamos corriendo, por Dios, que si tardamos podrá morirse...

*Agust.* Sí, sí... (¡ Cargar yo con esa plega ! ¡ Voto á bríos !... Pero ¿ qué remedio... ?

*Isab.* ¡ Señor !...

*Agust.* Vamos, vamos.

## ESCENA XXI

NICANORA

Esto es hecho. ¡ Ya le ha embaucado esa hipócrita ! Se le caerá la baba con el pelón advenedizo; será capaz de prohibarle el muy sandio... y entre las lagoterías de la huérfana, y los pinitos del huérfano... Pero, señor, ¡ esto se ha convertido en un hospicio ! — Y para colmo de desdichas vendrá una ama de cría zafia, pedigüeña, enredadora... ¡ Oh qué horror ! Quisiera no haber nacido.

Quisiera que esta cara no fuese mía... para cruzármela á bofetones. (*Vase por la puerta de la derecha.*)

## ACTO TERCERO

### ESCENA PRIMERA

DON AGUSTÍN

¡ Sobre que no puedo olvidarme del canasto ! ¡ Vaya que es pejiquera !... El chico es como una plata, eso sí; pero me pone en un compromiso de mil diablos. De pensar en ello apenas he podido pegar los ojos en toda la noche. Ahora van á creer que yo soy su padre, y que he urdido una farsa para cubrir el expediente. De cualquier modo, tendré que hacer con él oficios de padre, y heme aquí con todas las incumbrancias é incomodidades de la paternidad, sin gozar de sus placeres. — No porque yo piense adoptar á ese mamón llovido del cielo; pero siempre es una carga... ¿ Quién sabe si alguna desgracia pone á sus padres en la triste necesidad de ocultarse ?... Los buenos pañales que envolvían á la criatura manifiestan que la indigencia no ha sido causa de su abandono. Algún día tal vez...

### ESCENA II

DON AGUSTÍN, ISABEL

*Isab.* (*Á la puerta del foro.*) ¿ Da usted permiso ?

*Agust.* Sí, querida. Tú siempre lo tienes.

*Isab.* ¡ Vengo tan contenta... ! Ya tenemos nodriza.

*Agust.* ¿ Sí ? Vaya; sea en hora buena.

*Isab.* Una mocetona como un castillo, sana, robusta, de buena pasta...

*Agust.* (¡ Me va á comer un lado !)

*Isab.* Ahora está dando de mamar á nuestro ahijado y le muestra tanto cariño como si le hubiera parido.

*Agust.* ¿ Oyes ?... Todo podría ser. La in-

## ACTO TERCERO

dustria de la maternidad ha progresado mucho en todos sus ramos.

*Isab.* No, señor. ¡ Si la nodriza es casada y todos la conocemos en casa ! Destetará á su niño, que ya tiene catorce meses.

*Agust.* Volvámosla, pues, su crédito.

*Isab.* En el canasto había abundante envoltura para mudarle.

*Agust.* Vamos...; pleito por menos.

*Isab.* Por cierto que ahora al desocupar el canasto he hallado en el fondo esta carta.

*Agust.* (*Tomándola.*) Veamos... Esto puede que nos dé alguna luz. — El sobre es para mí. — Pronto me he hecho yo popular en esta tierra.

*Isab.* Su nombre de usted... Sus riquezas... Si fuera usted un cualquiera, nadie hubiera hecho alto...

*Agust.* (*Después de abrir el pliego.*) Leamos. — « Se suplica al señor don Agustín que conserve el papel adjunto, mitad del que guarda la madre de este niño, y con el cual se dará algún día á reconocer. » — ¡ Esto pica en historia ! — Aquí está el papelito, cortado irregularmente para que sólo pueda casar con el pedazo que le corresponde, y dice así : — « Este niño se llama José... Está bautizado en la villa de... » — Bien; no es malo que nos ahorremos el bateo. — « Y sus padres se llaman don... y doña... » Puntos suspensivos. — ¡ Hemos adelantado bastante ! Ni el mismo Edipo acertaría esta quisicosa. (*Guarda los papeles.*)

*Isab.* Yo compadezco á esa madre, que es mucho tormento haber de renunciar á las caricias de un hijo; aunque á decir verdad mal ha hecho en apartarle de su regazo.

*Agust.* ¿ Qué sabemos ?... Acaso no estará casada, y porque no ande su honor en las lenguas del vulgo...

*Isab.* ¡ Buen modo de entender el honor ! ¡ Hubiera mirado antes por él y hoy no tendría que temer las hablillas de las gentes !

*Agust.* Habrá pagado como otras su tributo á la inexperiencia, á la fragilidad de su sexo. Víctima tal vez de algún infame seductor...

*Isab.* ¿ Y qué culpa tiene el inocente niño de que ella fuese seducida ? ¡ El qué dirán !... ¡ El honor !... Ahora con ser mala madre se deshonra dos veces.

*Agust.* ¡ Oh, Isabel !... Eres... (Ya vuelve á peligrar mi independencia.) Tienes muy buenos sentimientos, Isabelita. Tú serás un día tierna esposa y excelente madre.

*Isab.* ¡ Calle usted, señor ! ¿ Quién piensa en eso ?

*Agust.* Nada tendría de particular; ni tú serías culpable si alguna vez te asaltasen las ideas que á otras de tu edad causan tantos desvelos.

*Isab.* ¡ Oh ! le aseguro á usted que ningún deseo, ningún cuidado turba la quietud de mi sueño.

*Agust.* Sin embargo, yo tendré mucha satisfacción en verte honrada y decentemente establecida. Deseo muy de veras que seas feliz, y no omitiré diligencia para conseguirlo.

*Isab.* ¡ Ah, señor ! ¿ No lo soy bastante con los favores que usted me prodiga ?

*Agust.* Con tus bellas dotes naturales, y la que yo te daré, no dejará de presentarse á solicitar tu mano algún joven más digno de ti que ese hotentote de Jesualdo.

*Isab.* ¡ Válgame Dios ! Me hace usted saltar las lágrimas con tanta... Yo no tengo prisa de casarme; yo no ambiciono otro estado... Al contrario; la sola idea de separarme de mi buen amo me entristece. Mas ya que le tengo á usted en lugar de padre, debo ser dócil á sus consejos y respetar sus preceptos. Si algún día tiene usted á bien disponer de mi mano, yo se la daré á quien usted me mande.

*Agust.* Bien: no te arrepentirás... (¡ Diantre de chica !... Se me va entrando en el corazón como Pedro por su casa.)

*Isab.* ¿ Tiene usted algo que mandarme ?

*Agust.* Quisiera que... No; no quiero nada.

*Isab.* Pues con licencia de usted me retiro. (*Vase por la izquierda del foro á llegar por la derecha del mismo Nicanora.*)

*Agust.* Anda bendita de Dios. (¡ Ay !...)

## ESCENA III

DON AGUSTÍN, NICANORA

*Nic.* (¿ No digo ? Siempre juntos. ¡ Qué inmoralidad ! ¡ Qué escándalo !) Señor, ahí está un militar que desea hablar con usted.

*Agust.* Dígame usted que entre y déjenos solos.

*Nic.* (*Desde el foro.*) Pase usted adelante.

## ESCENA IV

DON AGUSTÍN, DON JUAN

*Juan.* (Desciñéndose un capote militar y descubriendo el uniforme é insignias de capitán de caballería.) Beso á usted la mano.

*Agust.* Beso á usted la suya, caballero. Ruego á usted que tome asiento.

*Juan.* No; bien estoy. Estimo el favor de usted.

*Agust.* Si tiene usted algo que mandarme...

*Juan.* Sin saber quién la habita, me encaminaba á esta casa; y cuando un mozo, ahí cerca, me ha dicho que vive en ella el señor don Agustín de Cevallos...

*Agust.* Muy servidor de usted.

*Juan.* Muy señor mío. — Con tan buena noticia, no he vacilado en entrar; pues siendo usted hermano de mi señora doña Dolores Cevallos de Aguilera, á quien tuve la honra de tratar, no puede usted menos de tener nobles sentimientos...

*Agust.* Gracias por la buena opinión... (Este viene á pedirme dinero.) Hable usted sin reparo...

*Juan.* En una palabra, señor don Agustín, yo soy un desgraciado...

*Agust.* (¿Qué he dicho yo?)

*Juan.* Un proscripto...

*Agust.* (¡Diablo!)

*Juan.* Que viene á implorar la protección de usted.

*Agust.* (¡Otra misa sale!)

*Juan.* Cuando el grito de *Las Cabezas*... Ya sabe usted.

*Agust.* Cabezas... Grito... (¿Qué dice este hombre?)

*Juan.* Hablo del grito de libertad dado por las tropas del ejército expedicionario en el pueblo de...

*Agust.* Sí, sí; de *Las Cabezas de San Juan*. Perdone usted. La mía está un poco... (¡Dios nos asista!)

*Juan.* Yo pertenezco á la columna de *Riego*...

*Agust.* Sí; ya infiero...

*Juan.* Ya bastante disminuída por la activa persecución de las tropas realistas, muy superiores en número, fué pocos días ha derrotada y dispersa en el ataque de *Morón*. El caudillo *Riego* busca un refugio en Portugal con pocos de sus más fieles oficiales. Yo soy uno de ellos, pero un balazo me mató el caballo ayer tarde; resen-

tido todavía del que recibí en este muslo al principio de la campaña, no puedo ya caminar, y caeré en manos de mis enemigos si usted no me da un asilo...

*Agust.* (¡Friolera! Peor es esto que pedirle dinero.)

*Juan.* (¡Malo! ¡Me va á negar la hospitalidad!)

*Agust.* (Pero ¿he de tener corazón para...? No; ¡pecho al agua!) Señor mío, yo no soy hombre que me ocupo en cuestiones políticas; pero no pregunto las suyas al que se acoge al sagrado de mi casa. Venga esa mano. (Se la toma.) Es usted mi huésped.

*Juan.* ¡Ah! Pagaría con mi sangre el beneficio...

*Agust.* ¡Chit!... Más bajo y no perdamos tiempo. Mientras no mude usted de traje hay riesgo...

*Juan.* Es verdad.

*Agust.* Deje usted... (Á la puerta del foro.) ¡Isabel! (No aventuro nada en confiarla el secreto.)

## ESCENA V

DON AGUSTÍN, DON JUAN, ISABEL

*Agust.* Ven, Isabel. Voy á darte una prueba de la confianza que me mereces. El señor es un caballero perseguido por liberal.

*Isab.* ¿Y qué mal hay en eso? Todo caballero está obligado á ser liberal. Usted también lo es...

*Agust.* Cierto. (Á don Juan.) La inocente no da más que un sentido á esta palabra. (Á Isabel.) Escucha: es necesario que esté oculto en casa y que nadie lo sepa.

*Isab.* Por mi parte guardaré el más inviolable secreto, que aunque mujer y moza sé callar cuando conviene; pero si otros le han visto en casa...

*Juan.* Solamente la mujer que me ha conducido hasta aquí.

*Agust.* Doña Nicanora.

*Juan.* Pero como yo venía tapado hasta los ojos con el cuello del capote, no creo que me reconozca si otro vestido...

*Isab.* Yo puedo proporcionárselo á usted. Conservo todavía la ropa de mi pobre padre.

*Juan.* Esta niña es una alhaja.

*Agust.* ¡No lo sabe usted bien!

*Isab.* ¿Saben ustedes lo que podemos hacer? Se abrocha usted otra vez el capote;

vuelve á salir por la puerta principal como si tal cosa; entretanto corro yo al jardín, abro la verja y le introduzco por allí; después le llevo la ropa...

*Agust.* Sí, sí; pero no perdamos un momento.

*Isab.* Dice usted después que ha recibido un jardinero, y con achaque de...

*Agust.* Sí; ¡anda! (Don Juan se abrocha el capote.)

## ESCENA VI

DON AGUSTÍN, DON JUAN

*Juan.* Mi eterna gratitud...

*Agust.* Ahora no es del caso... Vaya usted... Siguiendo la tapia á mano derecha, vuelve usted la esquina... ¡Silencio!

## ESCENA VII

DON AGUSTÍN, DON JUAN, NICANORA

*Nic.* Traía el chocolate... (Trae la jicara y demás en una bandeja que pone sobre el velador.)

*Agust.* Bien. Si es usted servido...

*Juan.* Muchas gracias. Si usted me da su licencia...

*Agust.* Repito que siento mucho no poder vender á usted ningún caballo. Ayer me requisaron el único que tenía.

*Juan.* ¡Cómo ha de ser! Lo buscaré en otra parte. Á la orden de usted.

*Agust.* Beso á usted la mano.

## ESCENA VIII

DON AGUSTÍN, NICARONA

(Don Agustín se sienta y toma el chocolate.)

*Nic.* ¿No sabe usted que esta noche pasada hemos tenido muy cerca de casa trifulca y tiroteo?

*Agust.* ¿Cómo? (Disimulemos.)

*Nic.* Dicen que han pasado por estas intermediaciones fugitivos y en derrota algunos negros.

*Agust.* ¡Negros! ¿Estamos en España ó en Guinea.

*Nic.* Así los llaman porque son unos desalmados sin Dios ni ley.

*Agust.* Ya.

*Nic.* Liberales por otro nombre.

*Agust.* Bien; ¿qué nos importa á nosotros?... (Yo tiemblo.)

*Nic.* Cuidado no sea alguno de ellos ese militar...

*Agust.* Todo lo contrario. ¡Si está destinado á perseguirlos! — Por eso quería comprarme el caballo...

*Nic.* No le he visto la cara...

*Agust.* (¡Respiro!)

*Nic.* Que si se la hubiera visto... Á mí no se me despinta ningún negro... por blanco que sea. Los conozco á la legua.

*Agust.* (Mudemos de conversación.) ¿Dónde vive doña Amparo, la señora que vino ayer?...

*Nic.* Á dos pasos de la quinta.

*Agust.* Tengo que pagarle la visita, y antes que caliente mucho el sol... (Se levanta.)

*Nic.* (Llamándole al balcón.) Mire usted; desde aquí se ve su casa. ¿Ve usted aquella alameda y al fin una casita blanca con persianas verdes?

*Agust.* Sí, ya la veo. Voy á ponerme una levita... Hasta después.

## ESCENA IX

NICANORA

(Sin apartarse del balcón.)

Allí está junto á la fuente del Sauce ese condenado de Jesualdo. No pierde la que-rencia... Por fortuna, no le ha visto el amo; pero si le encuentra al salir... Le haré señas para que se retire. (Las hace.) Vamos, me ha comprendido. Se aleja... ¿Qué veo? ¡Soldados!... Y por lo visto se dirigen aquí... No hay duda. ¡Ay, Virgen de las Nieves! ¿Si serán negros? (Llamando.) ¡Don Agustín! ¡Don Agustín!

## ESCENA X

NICANORA, DON AGUSTÍN

*Agust.* (Ya vestido para salir.) ¿Qué tenemos? ¿Por qué grita usted?

*Nic.* Asómese usted.

*Agust.* (*Asomándose al balcón.*) ¡Soldados! (No ganamos para sustos.)

*Nic.* Han hecho alto á la puerta de la quinta.

*Agust.* (¿Sabrán acaso...? Algún soplo...)

Bien; vaya usted á ver lo que quieren...

*Nic.* Ya están aquí.

### ESCENA XI

DON AGUSTÍN, NICANORA,  
EL SARGENTO

*Sarg.* Patroncita, á la obediencia. — Dios guarde á usted, patrón.

*Nic.* (¡Patroncita!... Es amable este sargento.) Con salud venga usted.

*Agust.* ¿En qué puedo servir...?

*Sarg.* Pues, señor, aquí vengo de facción y en acto del real servicio del rey nuestro señor.

*Agust.* Sea en buen hora.

*Sarg.* Mi consigna y la de mi partida es recorrer esta comarca en persecución de los de Riego:

*Agust.* (¡Oh Dios!...)

*Sarg.* Y en uso de mi comodancia y de mi pasaporte, tengo á bien establecer por hoy en esta casa mi cuartel general.

*Agust.* (¡Soy perdido!) Está bien; que suba la tropa y se acomodará... (Al menos, los alejaré del jardín.)

*Sarg.* Corriente y no hay más que hablar. (*Desde el foro.*) ¡Arriba, muchachos!

*Agust.* (*Á Nicanora.*) Cuide usted de que nada les falte.

*Sarg.* ¿Lo oye usted, salero? Que nada nos falte. ¡Vivan los patrones campechanos! Así me gustan á mí, y no esos piratas que en cuanto ven á un alojado le ponen una cuarta de jeta y le niegan hasta la sal y la vinagre que reza la ordenanza. (*Van entrando soldados hasta reunirse diez y un cabo.*)

*Agust.* (Yo estoy en brasas...)

*Sarg.* Y luego dirán que el soldado merodea y que no deja gallina á vida y que si verdes las han segado. ¿Quieren que Juan Soldado no tuerza el pescuezo á las gallinas? Pues dénselas asadas ó en pepitoria, y Cristo con todos. ¿Verdá, patrona del alma? Me parece que me explico.

*Nic.* Sí, señor.

*Sarg.* ¡Huy, madre mía! Mejor que andar á caza de dispersos me dejaría yo cazar por usted.

*Nic.* Vaya..., no sea usted tan chusco...

*Sarg.* Si miento, que malos mengues me trajelen.

*Agust.* Lléveselos usted por allí dentro. Querrán descansar.

*Nic.* Síganme ustedes.

*Sarg.* Muchachos, á discreción. (*Á don Agustín.*) Hasta la vista. (*Vase con los soldados por la izquierda del foro siguiendo á Nicanora.*)

### ESCENA XII

DON AGUSTÍN

En medio de mis apuros no puedo menos de aplaudir la poca aprensión del sargento. ¡Derretirse de esa manera por semejante marmota! ¡Cuidado que en la tropa hay unos estómagos!... Pero no me lo hacen á mí muy bueno los nuevos huéspedes. En otras circunstancias no me importaría mucho..., pero ahora... Y gracias que están por aquí arriba y nos dan tiempo... Voy corriendo á advertir á Isabel... Pero aquí está.

### ESCENA XIII

DON AGUSTÍN, ISABEL

*Agust.* ¿Qué traes?

*Isab.* (*Con una cesta en la mano.*) Pan, vino y queso para la tropa. La vi venir...

*Agust.* ¿Y el capitán?

*Isab.* No tema usted. Ya está en salvo.

*Agust.* ¡Ah! ¡Gracias á Dios!

*Isab.* Acababa de disfrazarse cuando corrí á darle aviso, y le escamoté por la verja.

*Agust.* ¡Bien!

*Isab.* Ahora, para mayor disimulo y para entretener á esa gente mientras el pobre capitán se aleja, les traigo de refrescar.

*Agust.* Sí, sí... Corre... ¡Bendita!... Nunca podré olvidar lo que te debo.

### ESCENA XIV

DON AGUSTÍN, ISABEL, NICANORA

*Nic.* Ya los he acomodado lo mejor que he podido. ¿Le parece á usted que les demos ahora un refrigerio...

*Agust.* Ya se lo lleva Isabel.

*Nic.* ¡Ah!...

*Isab.* Sí tal; los pobres vendrán hambrientos... Voy volando.

### ESCENA XV

DON AGUSTÍN, NICANORA

*Nic.* (¡Pues! ¡Quería yo obsequiar al sargento y me ha ganado por la mano! ¡Cuando digo yo que es mi ángel malo esa mocosa!...)

*Agust.* ¡Bueno es tenerlos contentos por si acaso...! Oiga usted, doña Nicanora; sin perjuicio de esa ligera refacción, quiero que haga usted preparar para los soldados rancho bueno y abundante.

*Nic.* Pierda usted cuidado.

*Agust.* No precisamente de gallinas, porque sería forzoso dejar despoblado el corral..., pero cosa de sustancia...

*Nic.* Deje usted, que á mi cargo queda... Sacarán, como suele decirse, la tripa de mal año.

### ESCENA XVI

DON AGUSTÍN, NICANORA, ISABEL,  
EL SARGENTO

(*Isabel llega corriendo perseguida por el sargento y se refugia en los brazos de don Agustín.*)

*Isab.* ¡Señor!

*Agust.* ¿Qué es esto?

*Sarg.* Ven aquí, primor, que no te comeré.

*Isab.* Ese hombre me persigue...

*Agust.* ¡Sargento!...

*Sarg.* No hay que hacer aspamientos. Todo ello es que la he querido abrazar; y no vale la pena...

*Agust.* ¡Abrazar! Tenga usted más respeto á esta casa, ó yo se lo haré tener. Aquí no ha entrado usted por derecho de conquista. (¡Pues sólo faltaba que este foragido...!)

*Nic.* (¡Oiga! El sargento es perrito de todas bodas.)

*Sarg.* Vaya, patrón, no sea usted tan súpito. Hágase usted cargo de que cada uno tiene su alma en su cuerpo, y cada

quisque su modo y manera de exprimir sus afeitos. Figúrese usted que esa lindísima chabala se nos presenta con vituallas, y yo, que soy agradecido como un perdiguero y dulce como la arropía... ¡Pues! Me pareció que era de ordenanza darle las gracias...

*Agust.* Bastaba con habérselas dado de palabra.

*Nic.* Sí, señor; bastaba y sobraba.

*Sarg.* Con todo y con eso, me parecía á mí que á mayor abundamiento no pegaba mal un poco de pantomima.

*Agust.* ¡Vive Dios!... Si usted no se mordera...

*Sarg.* ¡Cachaza! Esto ha sido un somatén..., así..., de patriotismo, pero otra vez yo tendré á raya las... las infusiones de mi agradecimiento.

*Agust.* Bien está. Allí tiene usted su habitación...

*Sarg.* (¡Ay, ojos retrecheros!... Al mirarla siento en el sentido una... escaramuza...)

*Nic.* Señor sargento, esta es una casa de honor, y no es razón que usted se propase...

*Sarg.* ¿También usted me regaña, comadre?

*Nic.* ¡Después que se les da tan buena acogida, inquietar á las mozas!...

*Sarg.* Diga usted..., abuela...

*Nic.* ¿Cómo..., insolente!...

*Sarg.* ¿Eso es envidia, ó caridad?

*Nic.* ¿Yo envidia? ¡Qué insulto!

*Agust.* ¡Eh! Ya basta... (*Dentro ruido y voces confusas.*)

*Ibas.* (¡Ay Dios!...)

*Agust.* ¿Quién sube?...

*Sarg.* ¿Qué zaragata?...

### ESCENA XVII

DON AGUSTÍN, ISABEL, NICANORA,  
EL SARGENTO, JESUALDO, EL ALCALDE,  
CUATRO ESCOPETEROS, LOS SOLDADOS.

*Jes.* ¡Aquí está!

*Alc.* ¡Favor al rey!

*Agust.* ¿Cómo?... ¿Quién es usted?...

*Sarg.* (*Acercándose al foro.*) ¡Soldados, á las armas!

*Alc.* Nadie se mueva. Soy el alcalde. Esta vara representa aquí al altar y al trono.

*Agust.* Yo la respeto; pero... en mi casa... ¿Qué motivo...? (*Llegan los soldados y el*

sargento los hace formar y armar bayoneta.)

Alc. ¿Es usted don Agustín Cevallos?

Agust. Servidor de usted.

Alc. En nombre del rey, dése usted preso.

Agust. ¡Yo!... (¡Le han descubierto!)

Isab. (¡Nos han vendido!)

Agust. ¿Qué crimen he cometido yo para...?

Alc. Es usted reo de lesa majestad.

Isab. (¡Virgen santa!)

Agust. ¿Por qué?

Alc. Por encubridor; y por consiguiente, cómplice y consorte de facciones y conspiradores.

Nic. (¡Qué oigo!)

Sarg. ¿Esas tenemos? (Ahora me las pagará.)

Agust. ¿Quién es el impostor que se atreve á acusarme?...

Jes. Yo.

Agust. ¡Jesualdo!

Isab. ¡Infame!

Nic. *En voz baja.* ¿Qué has hecho?

Jes. *(Lo mismo.)* Déjeme usted... Dios castiga sin palo.

Agust. Villano, ¿dónde están las pruebas del delito que me imputas?

Jes. En esta casa ha entrado un militar sospechoso. Á mí mismo me preguntó quién vivía en ella. Y luego salió el propio sujeto por la puerta falsa, vestido de labrador y corriendo como alma que lleva el diablo pero como venía de cara á mí, al instante me calé que era el de marras. ¡Oh! yo le había tomado bien la filiación. ¿Y qué hago entonces? Corro al pueblo, que está á tiro de fusil, doy parte al señor alcalde..., y aquí estamos porque hemos venido.

Isab. ¡Oh vileza! No! e crea usted...

Alc. ¡Silencio, doncella! Usted hablará cuando sea interrogada.

Agust. Señor alcalde...

Alc. ¡Silencio! *(Á los escopeteros.)* Genízaros de la aldea, registrad bien toda la casa por si se encuentra en ella oculto algún otro reo, ó cosa equivalente. *(De los cuatro escopeteros uno entra en la habitación de la derecha, otro en la de la izquierda, y los otros dos vanse por el foro en dirección opuesta.)*

Agust. Permítame usted decirle que la vil delación de ese mozo no es suficiente prueba...

Jes. Sí, señor. Cuando yo digo una cosa firma el rey.

Alc. Ya he dicho que nadie me chiste. Se

procederá á lo que haya lugar en derecho. — Sargento, reclamo el auxilio de la fuerza armada.

Sarg. Estoy á las órdenes de usted, señor alcalde.

Alc. Vaya el cabo con la mitad de la tropa en persecución del fugitivo, y usted quede aquí con el resto para custodiar á don Agustín.

Sarg. Corriente. — Á la cabeza, cabo de escuadra. — Uno, dos, tres, cuatro, cinco. — ¡Al hombro, aur! — Flanco derecho, hileras á la izquierda, ¡marchen! *(Vanse el cabo y cinco soldados.)*

Isab. *(En voz baja á don Agustín.)* No le han cogido. Aun hay esperanza... *(Vuelven sucesivamente los escopeteros.)*

Esc. 1.º Nada.

Nic. *(Bien malicié yo que era un negro...)*

Esc. 2.º No hay nadie.

Isab. *(Al alcalde.)* ¿Quién ha de haber?... Mi amo está inocente...

Esc. 3.º No hay nada.

Alc. Sin embargo, mientras no pruebe su inocencia...

Agust. Yo creo que, antes de proceder contra mí, la justicia es la que debe probar mi culpa.

Alc. ¿Oyen ustedes? ¡Máxima impía y revolucionaria!

Agust. Perdone usted. Yo... *(Vuelve el escopetero cuarto con el uniforme de don Juan.)*

Isab. (¡Ah!... Ya olvidaba...)

Esc. 4.º Señor alcalde, registrando el jardín, he encontrado este uniforme...

Alc. Indicio vehemente, prueba fehaciente, testimonio concluyente. Usted es delincuente juntamente con el insurgente ausente.

Agust. (¡La hemos hecho buena!)

Isab. (¡Qué fatalidad!)

Jes. Esa casaca es la misma que yo vide con estos ojos que se ha de comer la tierra.

Nic. *(El amo está perdido sin remedio y si no me curo en salud me van á complicar en la causa.)*

Alc. ¿Qué dice usted ahora?

Agust. Digo que las apariencias pueden estar contra mí, pero que yo...

Nic. Señor alcalde, yo declaro que entró esta mañana un militar de mala traza tapado con un capote...

Jes. Sí tal; llevaba, amén de la casaca, un capote de baragán.

Isab. ¿Y quién puede asegurar que sea el mismo?... (¡Perversa mujer!)

Nic. Yo misma le introduje en esta ha-

bitación; habló en secreto con mi amo; el amo llamó á Isabel; entró Isabel; volvió á salir; salió luego el capitán... ó lo que sea..., y no ha vuelto á parecer.

Agust. ¡Gracias, doña Nicanora!

Isab. ¿Cómo tiene usted valor para acusar al amo que la mantiene?

Nic. Yo no acuso á nadie: digo lo que he visto, y nada más. El amo podrá haber sido engañado; convengo. Yo no tengo nada que decir contra él. Ayer llegó de Madrid y no puedo saber si es realista, ó liberal, pero antes que todo es mi conciencia.

Agust. Basta. Diré la verdad, aunque por ella vaya al patíbulo. Es cierto que aquel desgraciado vino á pedirme un asilo. Yo se lo concedí movido de compasión y muy ajeno de pensar entonces que habrían de deponer contra mí personas que comen de mi pan y que deben á esta casa mil beneficios. Soy víctima de un acto de generosidad que el señor alcalde sabrá apreciar en el fondo de su corazón.

Alc. Aquí no hay corazón que valga. Cuando se trata de las prerrogativas del rey, mi corazón es de palo como mi vara.

Agust. Yo soy un hombre pacífico que siempre ha respetado las leyes y ha obedecido á las autoridades constituidas. Soy demasiado independiente para meterme á conspirador. Yo no conocía al fugitivo, mas prefiero ser acusado de cómplice suyo á la infamia de haberle arrojado de mis umbrales cuando me pedía hospitalidad.

Sarg. ¡Bah, bah! ¡Retólicas!

Jes. ¡Liláailas!

Alc. ¡Sofisterías! Está usted convicto y confeso.

Sarg. Y aquí no hay tío, pásame usted el río...

Alc. Irá usted á la cárcel...

Jes. ¡Toma pisto!

Isab. ¡Á la cárcel!

Agust. Bien está. Cumpla usted su deber.

Isab. ¡No, no! ¡Preso el mejor, el más benéfico de los hombres! Si hay aquí algún delito; si lo es el amparar á un desgraciado yo sola soy la culpada. Préndanme ustedes á mí.

Agust. ¡Isabel!

Sarg. Sí, démela usted presa y yo seré su alcalde. ¡Ay! Ese dulce tormento es más criminal de lo que usted piensa.

Isab. Mi amo recibió al capitán sin saber quién era; pero él me descubrió después su secreto y yo le di la ropa con que huyó disfrazado.

Agust. No la oiga usted, señor alcalde. Ella no hizo más que obedecerme.

Isab. Que diga doña Nicanora si no guardaba yo los vestidos de mi padre...

Nic. Es verdad; y yo también me inclino á creer que ella es la más culpable...

Agust. ¡Víbora infernal!...

Isab. ¿Por qué la riñe usted si dice la verdad? Vamos...

Sarg. Sí; llevémosla prisionera...

Jes. Entréguemela usted á mí y yo seré el corresponsable...

Sarg. *(Dándole un empellón.)* ¡Quita de ahí, abejorro!

Alc. ¡Callen los dos! Aquí sólo manda el alcalde. ¿Qué es esto? ¿Ya quieren milicia y plebe repartirse el botín?

Agust. ¿Tendrá usted entrañas para reducir á prisión á una criatura incapaz de delinquir? Por un exceso de gratitud y de cariño, que á algunos debiera hacer morir de vergüenza, quiere salvar mi vida á costa de la suya; pero ni yo ni usted lo podemos consentir. Repito que ella no ha hecho más que cumplir mis mandatos.

Alc. Lo creo, y yo que, si bien alcalde de una pobre aldea, estoy graduado de bachiller, no reconozco por materia punible á una doncella y fámula de menor edad, y con unos ojos que harían prevaricar á magistrados menos íntegros que yo. Para cumplir con los deberes de mi jurisdicción, bástame por ahora con la captura del jefe de la familia, *pater familias*. Veremos luego lo que resulta de autos y, vistos, se proveerá. Queden aquí, sin embargo, para ulteriores providencias, y por si mando proceder á un escrupuloso secuestro, que si mandaré, los individuos de mi ronda municipal. — ¿Oís, calmuco? Ocupad la planta baja de este edificio campestre para vigilar á los dependientes y comensales del reo y para que nada se sustraiga de sus bienes, efectos y pertenencias, muebles, inmuebles y semovientes. *(Vanse los escopeteros.)* Usted, sargento, y sus cinco súbditos conducirán al acusado.

Sarg. Con mucho gusto, porque es un mal patrón que no permite á los alojados un inocente desahogo. *(Á los soldados.)* ¿Á ver? En dos filas. — La segunda ¡paso atrás! *(Á don Agustín.)* Usted irá en medio, paisano.

Agust. Está muy bien. (¡Qué gloria de independencia!)

Isab. ¡Mi amo entre bayonetas! ¿Y por qué, Dios mío? Por un resgo de generosidad que antes merecía premio que castigo.

¡Oh! Vuélvase usted su libertad, señor alcalde...

*Alc.* En vano quieres seducirme, astuta sirena. En vano me fulminas el fuego de tus pupilas. La justicia ordinaria es incombustible.

*Isab.* Pues bien; préndanme ustedes á mí también. Yo no quiero separarme de mi amado protector.

*Agust.* ¡Isabel!

*Nic.* ¡Ojalá se la lleven y yo recobraré mi soberanía!

*Alc.* No ha lugar.

*Jes.* ¡Vaya que la ha entrado el don Agustín por el ojo derecho!

*Agust.* Vamos...

*Isab.* (*Asiéndose de su brazo.*) ¡No! Yo no le dejo á usted. (*Al alcalde.*) ¿Así cumple usted las leyes? Castígueme usted. Soy liberal, soy patriota, soy... ¿Qué sé yo?... Conspiradora, republicana.

*Nic.* ¡Qué horror!

*Agust.* (*En voz baja.*) ¿Has perdido el juicio, hija mía? (*Sigue hablando aparte con ella.*)

*Nic.* ¿Lo ha oído usted, señor alcalde? Á confesión de parte...

*Alc.* Esa mocita no sabe lo que se dice ni lo que se pesca. (*Nicanora habla aparte con el alcalde.*)

*Agust.* (*Á Isabel en voz baja.*) Tu noble sacrificio te compromete y no me salva. Al contrario, quedando tú libre puedes serme más útil. La casa queda á merced de gentes sin ley ni conciencia, y si tú no miras por mis intereses... Quédate. ¿Me obligarás á mandártelo?

*Isab.* ¡Ah! bien está: me quedaré.

*Alc.* Basta: queda enterado. (*Á Isabel.*) Con que ¿tú eres también enemiga del rey nuestro señor?

*Isab.* Yo soy enemiga... de los enemigos de mi amo.

*Agust.* ¿Será posible, señor alcalde?...

*Alc.* Calle el preso. Yo no necesito asesores. ¡Atención! Oída la confesión de Isabel...

*Jes.* Díaz.

*Alc.* De Isabel Díaz; y habida consideración á su edad y á su sexo por una parte, y por otra al grave delito de que se ha espontaneado... (1).

*Agust.* Pero, ¡señor!...

*Alc.* ¡No hay que interrumpirme!

*Agust.* (¡Que sea tan idiota un bachiller!)

*Alc.* La declaro incurso en la pena que corresponde; y por tanto la debo condenar y la condeno...

*Nic.* (¡Albricias!)

*Alc.* Á que se quede donde está.

*Nic.* ¿Cómo?...

*Alc.* Á las mozas se les debe quebrar el gusto.

*Agust.* Gracias, señor alcalde. Y yo declaro que en Isabel, y sólo en Isabel deposito mi confianza para que gobierne la casa durante mi ausencia. — Déle usted las llaves, doña Nicanora.

*Nic.* ¡Yo!... Á esa... ¡Hum! Yo... ¡Ella!... ¡Señor alcalde!... (Me ahoga el despecho.)

*Alc.* El señor está en su derecho. Obedezca usted y represente.

*Nic.* (¡Me despoja!)

*Alc.* ¡Vamos pronto!

*Nic.* (¡Me asesina!) Sí, señor... (Pero lo que es en la mano...) (*Tirando un llavero que se desprende de la cintura.*) Ahí están las llaves.

*Agust.* (*Cogiéndolas y dándolas á Isabel.*) Toma; tú eres más digna de tenerlas que esa tarasca.

*Nic.* ¡Yo tarasca!...

*Alc.* ¡Eh! Basta de dimes y diretes, y marchemos.

*Sarg.* ¡Al cuadro el prisionero!

*Agust.* (*Apretando la mano á Isabel.*) ¡Adiós!...

*Isab.* ¡Ah! ¡No vean mis ojos tanta iniquidad! (*Vase llorando por la puerta de la izquierda.*)

## ESCENA XVIII

DON AGUSTÍN, NICANORA, JESUALDO, EL ALCALDE, EL SARGENTO, SOLDADOS

*Agust.* (*Entrando entre filas.*) Estoy pronto.

*Sarg.* (El alcalde me la ha jugado de puño, pero como yo vuelva... ¡Las higuillas del alma me dejo aquí!)

*Alc.* Vamos. Síganme ustedes.

*Sarg.* ¡Flanco derecho; aur!

*Agust.* (¡Pobre niña!) (*Vanse por la derecha del foro.*)

## ESCENA XIX

NICANORA, JESUALDO

*Jes.* Cayó en chirona. ¡Qué gusto! He puesto una pica en Flandes.

*Nic.* ¡Destituida, destronada! ¡Oh furor!

*Jes.* Sigamos la comitiva. ¡Viva el rey ausoluto.

*Nic.* ¡Mueran los negros! (*Vanse siguiendo á los soldados.*)

## ACTO CUARTO

### ESCENA PRIMERA

NICANORA, JESUALDO

*Nic.* ¡Que hayas de ser tan testarudo y tan baboso! No quiero que vuelvas á mirar á esa muñeca.

*Jes.* Ayer me mandaba usted que la adorase y hoy que la aborrezca. Cada día tiene usted un capricho diferente; ¡y luego dirán que los jóvenes somos voluntariosos!

*Nic.* Han variado las circunstancias, y es preciso mudar de bisiesto.

*Jes.* Tarde piache, tía Nicanora. Estoy enamorado hasta los tuétanos.

*Nic.* ¡Encapricharse por una trastuela que me ha suplantado en el gobierno de la quinta y se ha apoderado de mi cetro!... Es decir, de mis llaves... ¿Piensas que podré yo consentir jamás en llamarme su tía política..., su suegra, como quien dice?

*Jes.* ¡Tía! ¡Suegra! Para que usted la aborrezca de muerte ¿es algún obstáculo el parentesco de suegra ó de tía? En fin, cáseme yo con la chica y salga el sol por Antequera.

*Nic.* Pero ¡borrico! ¿no ves que ella no te puede atravesar? Si antes de haber acusado al amo ya tu ángel y el de Isabel estaban de espaldas, ¿cómo quieres que te ame después de la perrada que has hecho con don Agustín?

*Jes.* ¡Ande usted que ella entrará por el aro! — ¿Hay más que sitiaria por hambre,

y si hoy no me quiere de bien á bien mañana me querrá á la trágala?

*Nic.* ¡Sitiar por hambre á una ama de llaves! Ella es la que puede ponernos á dieta si se le antoja.

*Jes.* La echa usted de leída y sabihonda y no sabe de la misa la media. Venga usted acá: ¿no está preso don Agustín por enemigo de Dios y del rey? Dentro de ocho días, ú antes, le ahorcarán por el pescuezo; esto es de ene. ¡Digo, en buenas manos está el pandero!... Y auto continuo le confiscarán todos sus bienes, y la Isabel se quedará á la santimperie, y entonces... de juro tendrá que pedir aláfia.

*Nic.* Pero dime, pobre pelón, ¿qué le has de dar tú si ella se queda por puertas? ¿Tienes tú otro patrimonio que la noche y el día?

*Jes.* ¡Toma! Yo, lo que es de presente y en ley de verdad, no tengo sobre qué caerme muerto; pero cuento con mi tía, de quien soy único heredero, y que me quiere y partícula como á las niñas de sus ojos.

*Nic.* ¡Sí; como lo mereces tanto!...

*Jes.* (*Acariciándola.*) Vamos, tiita, no se haga usted la huraña. ¡Si sé yo que usted se pirra por Jesualdo!

*Nic.* Pero ¡infeliz! ¿no consideras que mi ruina será una consecuencia inmediata y forzosa de la ruina del amo? Si le confiscan los bienes, no será en provecho mío, y si á fuerza de oro consigue la absolución, su primera diligencia será plantarme de patitas en la calle.

*Jes.* ¡Sí, valiente cuidado le dará á usted! ¿Querrá usted decirme á mí que tendría que ir á pedir una limosna? ¡Á otro perro con ese hueso! Usted ya tiene el riñón bien cubierto...

*Nic.* Estás engañado. Yo...

*Jes.* Vaya, á mí no me comulga usted con ruedas de molino. Veinte años de ama de gobierno en una casa como ésta... ¡Ahí es un grano de anís!... ¡Digo! Solamente en el entretanto de la muerte de la difunta á la prisión del preso, ha podido usted hacer muy bien su agosto. ¡Como que ha campado usted por su respetó y ni rey ni roque...! ¿Qué apostamos á que no se deja usted guindar por mil doblones?

*Nic.* ¡Yo mil doblones, pícaro, temerario!... (Mil, no; pero de ochocientos no bajan.)

*Jes.* Sean los que se fueren, usted no se ha de ir con ellos al otro mundo.

*Nic.* (*Mirando á la puerta de la izquierda.*) Ya sale Isabel. Vete.

(1) Por la época á que la fábula se refiere, ó poco después, se inventó el verbo *espontanearse*, ya de uso muy corriente en nuestro foro.

*Jes.* No, que la voy á hablar al alma, y verá usted como entre oreja y oreja...

*Nic.* Si la hablas, si la miras, te desheredo. (*Empujándole hasta la puerta del foro.*) ¡Anda!

*Jes.* Pero, tía...

*Nic.* ¡Anda, maldecido!

## ESCENA II

NICANORA, ISABEL

*Nic.* (*Yéndose.*) Yo también, por no verla...

*Isab.* ¡Doña Nicanora!

*Nic.* (*Volviendo.*) ¿Qué tenemos?

*Isab.* Quisiera hablar con usted dos palabras.

*Nic.* Ni una, ni media. Yo no me rozo con amas intrusas. No hay nada de común entre la usurpación y la legitimidad.

*Isab.* Bien sabe usted que yo no he pretendido reemplazarla. No soy ambiciosa, y sólo por obedecer á don Agustín...

*Nic.* Sí, hazte ahora la humilde... ¡Hipocritilla! Sabe Dios las coqueterías y las monadas que habrás hecho para engatusar á aquel santo varón.

*Isab.* ¡Yo, señora!

*Nic.* Abreviemos. ¿Vienes á mandarme, en uso de tu autoridad revolucionaria y sospechosa, que desocupe mi habitación y me largue con viento fresco?

*Isab.* ¡Jesús! ¿Yo...?

*Nic.* No contenta con usurpar su empleo á una veterana benemérita, ¿eres tan intolerante y tan reaccionaria...

*Isab.* Pero si...

*Nic.* Que me condenas á la deportación, al ostracismo?

*Isab.* Todo lo contrario. Ni me creo con facultades para eso; ni, aunque las tuviera, echaría yo de esta casa á una servidora fiel que ha envejecido en ella.

*Nic.* ¡Que ha envejecido! Parece que se complace usted, señorita, en darme cordelejo con mi fe de bautismo.

*Isab.* No tengo tal intención. Si la recuerdo es para reconocer que tiene usted ese derecho más á mi veneración.

*Nic.* ¡Hum! Esa falsa modestia es lo que más me irrita y me saca de mis casillas.

*Isab.* ¡Válgame Dios, y qué injusta es usted conmigo!

*Nic.* No tal. Yo no soy tan fatua que no eche de ver las desvenjatas de mi posi-

ción. No soy tan vetusta, gracias á Dios como usted me supone; pero confieso que no tengo bastante garabato para disputar á la linda jardinera la plaza de sultana favorita.

*Isab.* Cualesquiera que sean las bondades que el amo me dispense, sin otro mérito por mi parte que mi puro y desinteresado cariño, crea usted que no abusaré de ellas. Acostumbrada á servir desde que vine al mundo, no tengo afán de mandar á nadie ni la desventura de ser vengativa y rencorosa. No tema usted, pues, que yo la sujete á una dependencia humillante. La miraré á usted como á una compañera.

*Nic.* ¿Compañera? ¡Qué exceso de virtud! ¡La mocosa!...

*Isab.* Quiero decir...

*Nic.* ¡Compañera! No hay concomitancia posible entre el verdugo y la víctima.

*Isab.* ¡Oh! esa comparación...

*Nic.* Es exacta. — Pero rueda la bola, que Dios no se ha muerto de viejo, y á cada puerco le llega su San Martín. Si hoy me destronas tú, otra vendrá que te destrone á ti. Quizá la Amparito... Á fe que el amo no la miró con malos ojos.

*Isab.* Él es dueño...

*Nic.* Y con toda tu presunción no vales para descalzarla.

*Isab.* Cierto. Antes que usted se lo he dicho yo á don Agustín.

*Nic.* Y te desbancará; estoy segura... Pero ¿qué digo? Excusáis una y otra hacer calendarios. Don Agustín está preso y no saldrá del calabozo sino para ir al cadalso.

*Isab.* ¡Santo Dios!

*Nic.* Y entonces no tendrás que descender de tu solio para llamarme... compañera.

*Isab.* ¡Qué! ¿No habrá esperanza?...

*Nic.* Ninguna. Su delito está probado, y es de aquellos que no tienen perdón.

*Isab.* No, no es tan desesperada su causa si usted le mira con ojos de piedad y, me atrevo á decirlo, de agradecimiento. Todavía no le han tomado á usted ni á Jesualdo declaración formal. Ustedes pueden darla de modo que sólo pueda culparse al amo de imprevisión, de...

*Nic.* ¡No! Diremos la verdad, y venga lo que viniere. Somos amantes del altar y el trono, y no transigimos con francmasones.

*Isab.* ¡Oh qué inhumanidad!... Por la memoria de la difunta señora, qué á ambas nos colmó de beneficios; por la lealtad

que debe usted á don Agustín; por el interés de las familias que mantiene, y el de usted misma, ¡sálvele usted! Con lágrimas se lo pido...

*Nic.* ¡Pamemas!...

*Isab.* ¿Qué haría yo para conmovier ese corazón empedernido? — ¡Ah! usted quiere á Jesualdo como á un hijo; él pretende mi mano... Yo... ¡Ay Dios! Yo creo... que no le amo; pero, si es preciso..., si á este precio consigo la libertad de mi señor..., me casaré con su sobrino de usted.

*Nic.* ¡Miren qué sacrificio! Falta saber si tú le mereces y si yo consiento...

## ESCENA III

ISABEL, NICANORA, AMPARO

*Amp.* (*Á la puerta del foro.*) Con permiso...

*Nic.* ¡Oh! la vecinita... Entre usted.

*Isab.* (*Echándose en los brazos de Amparo.*) ¡Ah, señora! Mi pobre amo...

*Amp.* Todo lo sé, y vengo llena de aflicción á que me den ustedes noticias de don Agustín.

*Isab.* Nada hemos sabido desde que ayer se lo llevaron entre bayonetas. Estamos vigiladas y no podemos salir...

*Amp.* ¡Ah! Pues á mí no me impedirán la salida. Yo iré...

*Isab.* ¡Dios la bendiga á usted, señora! El señor don Agustín es muy merecedor del interés con que usted mira su desgracia.

*Amp.* Ya lo sé; y no hay sacrificio que yo no esté dispuesta á hacer en obsequio suyo.

*Nic.* ¡Miren también esta... lechuguina qué sentimental ha venido! Es tiempo perdido, vecinita. Los tribunales... (*Aparece en el foro un criado.*) ¿Quién es?...

*Amp.* ¡Ah! mi criado! Me trae cartas... Dámelas y espérame abajo. (*El criado entrega á Amparo dos cartas y se retira.*) Si ustedes me dan licencia...

*Isab.* No necesita usted pedirla.

*Amp.* ¡Ninguna es de su letra! ¡No hay esperanza! — Ésta es de Sevilla... (*Abre una y la lee para sí.*) Lo de siempre; que nada ha podido averiguar... (*Abriendo la otra.*) Ésta otra es de Madrid... ¿Qué me dirá mi primo?... « 10 de marzo de 1820. » Veamos... (*Lee para sí.*) ¡Cielos! (*Vuelve á leer.*) ¿Será posible?...

*Nic.* ¿Qué traerá esa carta?...

*Isab.* Mucho se afecta con su lectura...

*Amp.* ¡Oh sorpresa! ¡Oh alegría inesperada! ¡Albricias! Regocijense ustedes...

*Nic.* ¿Yo? ¿De qué?

*Amp.* Don Agustín será puesto al instante en libertad, si ya no lo está.

*Isab.* ¡Qué! ¿Será verdad?...

*Nic.* Como no haya venido el indulto por las nubes...

*Amp.* Algo mejor que eso. Vea usted... (*Da la segunda carta á Isabel, y ésta la lee para sí rápidamente.*) En Madrid ha habido un alzamiento popular. — Se ha consumado la revolución. ¡Ya tenemos libertad!

*Nic.* ¿Libertad? ¿Está usted loca?

*Amp.* ¡Ah! ¡No la gozarás tú, víctima adorada!...

*Isab.* (*Dejando de leer.*) Sí, sí, libertad...

*Nic.* ¿Para los presos?

*Isab.* ¡Para todos! El rey ha jurado la constitución.

*Nic.* ¿El rey? ¡Blasfemia!

*Isab.* Sí, señora. La carta habla de un manifiesto...

*Amp.* Será este impreso... (*Mostrando uno que tiene en la mano y venía dentro de la carta.*) Léalo usted...

*Nic.* (*Tomando el papel.*) ¿Á ver? ¡Si no es creible!... Leamos... (*Leyendo y hablando alternativamente.*) « Cuando vuestros heroicos esfuerzos lograron poner término al cautiverio... » — Dejemos los preámbulos. — « Eem... Eem... Me habéis hecho entender vuestro anhelo de que se restableciese aquella constitución... ¡Ciertos son los toros! — « Eem... » (*¡Yo sudo!*) « He jurado esa constitución por la cual suspirábais y seré su más firme apoyo. » (*Vuelve á Amparo el impreso.*) Es inútil concluir... Estoy enterada... (*¡Nos hemos lucido!*)

*Isab.* ¡Oh Providencia! Yo voy á enloquecer de alegría.

*Nic.* ¡Triunfaron los negros!

*Isab.* ¡Y el pobre don Agustín no sabrá nada!...

*Amp.* Voy al momento á dar esta venturosa nueva á mi tía y después al preso.

*Isab.* ¡Ah! Sí; vuele usted.

*Amp.* ¡Adiós, adiós!